



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## II

### Enterrados vivos.

Había en la Tierra un hombre honrado y valiente menos: el duque don Pedro Gómez de Carvajal, que yacía en el suelo mirando al cielo, hacía donde había volado su alma. Peyrolles quedó sepultado entre las ruinas de la torre: veinte pasos más allá Lagardère se había desplomado sin sentido, mientras Aurora y Flor, asustadas, pero libres, huían hacia el Norte.

Pero ¿qué había sido de Mariquita?

Al oír el grito supremo de agonía que le indicaba el heroico sacrificio de su padre y su orden de vengarle, no vaciló, y acercó la antorcha encendida á la mecha. Pero en la mujer, por valerosa que sea, la reacción llega muy pronto: sus nervios se aflojan, y la debilidad ó la piedad recobran sus derechos. Se vió con frecuencia ho-



rar á Juana de Arco cuando, pasada la excitación de la pelea, contemplaba en su derredor los muertos y los heridos.

La gitana quedó anonadada. Recordó que había prometido á su padre que huiría; pero apenas pudo descender media docena de escalones. Flaqueábanle las piernas; la antorcha vacilaba en su mano; con los ojos desmesuradamente abiertos, no veía nada; le zumbaban los oídos, y creyó volverse loca. En pocos segundos sufrió mil veces más que si la hubieran acribillado á puñaladas, martirizado, arrancado la carne á pedazos. Llamó á la muerte, y rodó escaleras abajo inanimada.

No oyó la explosión, el crujir horrisono de la montaña, ni el trueno de la torre al derrumbarse. Á su lado, en un escalón, yacía la antorcha medio consumida, con riesgo de incendiar sus vestidos. Una piedra desprendida de la bóveda, que hirió su frente y ensangrentó su rostro, la sacó de su letargo.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? — preguntó al abrir los ojos.

Recordó, y recordando toda la lucidez de su inteligencia, pensó que ante todo debía tratar de reunirse con las dos damitas á quienes había salvado. Por desgracia, el terrible sacudimiento externo tuvo repercusión en las entrañas de la

sierra: la escalera estaba obstruída por ambos lados, y, como temía Flor, la desdichada Mariquita encontrábase enterrada viva.

La gitana comprendió todo lo horrible de su situación, y por un instante la circulación de su sangre pareció paralizarse, en tanto que se escapaba de sus labios un gemido. Iba á morir allí falta de aire y de luz, presa del hambre y del frío, para servir de pasto á murciélagos, ratas y buhos, sin que nadie pudiera oír sus gritos, sin esperanza de socorro humano.

Sentada en el escalón, con la mirada extraviada, pensó desde luego en acelerar el fin de sus días. El primer medio que se le ocurrió para suicidarse fué prender fuego á sus vestidos, y se quedó contemplando la vacilante luz de la antorcha, semi-fascinada y sin darse cuenta de que iba perdiendo la razón. De pronto soltó una carcajada, seguida de un lúgubre aullido que repercutió en la bóveda, extendiéndose y desfigurándose de tal modo, que al oírlo se aterrorizó, y bajo el imperio de invencible espanto bajó, tropezando con las paredes, cayendo y volviendo á levantarse, entre gritos de angustia y de dolor y carcajadas frenéticas.

Al llegar abajo, con movimiento irrazonado, pero instintivo, comenzó á querer con todas sus fuerzas destruir el obstáculo y franquear la sa-



lida. La locura centuplicaba sus fuerzas, y sin darse cuenta del peso de las peñas, de la sangre que brotaba de sus manos, de que perdía las uñas entre aquellas rocas y de que la antorcha se le había apagado por consunción, trabajaba con un ardor sobrehumano. Sus ojos de mirada frenética veían en la oscuridad. Pronto una ráfaga de aire le azotó el rostro. Había abierto una brecha. La agrandó como pudo, se deslizó como una serpiente por la abertura, salió por fin al valle, y cuando respiró la brisa matinal y pudo contemplar la luz y el campo, un aullido salvaje se escapó de su pecho, y se puso á bailar hasta que extenuada y agobiada cayó al suelo sin sentido.

Cuando volvió en sí no recordaba nada de lo sucedido, ni de Aurora, ni de su padre: estaba loca. Sin saber por qué, volvió al castillo. Los aldeanos de los alrededores, que acudían á contemplar desde prudente distancia los efectos de la catástrofe, vieron por las pocas palabras sin sentido ni hilación que les dijo que la misteriosa visitante de la *Torre Maldita*, que suponían una bruja, sólo era una pobre insensata, y le tuvieron lástima. Pero á medida que la loca avanzaba le abrían calle, y muchos apresurábanse á volver á sus casas.

Justo á los escombros vió un caballo ensi-

lado que pacía tranquilamente, y á pocos pasos del animal un hombre que parecía dormir; pero tan pálido, que se le hubiera creído cadáver.

Lanzó un grito, y el hombre del suelo parpadeó. La loca se detuvo á mirarle: una chispa brotaba entre las espesas tinieblas de su mente. Arrojándose, levantó entre sus brazos el busto del desconocido, y comenzó á mecerle cantando una canción extraña, pero muy dulce.

—¡Duerme, niño mío; amor mío, duerme! La noche ha extendido su manto regio bordado de estrellas sobre la Tierra. ¡Duerme, amado mío! Mañana surcaremos el mar azul, vogando hacia Oriente.

Entretanto el desconocido había recobrado el conocimiento; se sentó, y asombrado de aquel lenguaje, se quedó mirando á la gitana, en cuyos ojos brillaban destellos de locura.

—¡Mariquita! — exclamó — ¿No me reconoces? ¿Has olvidado al caballero de Lagardère?

—¿Lagardère? ¡Ah, sí, sí! ¡Me acuerdo! ¡Allá lejos..., cuando yo era pequeñita..., pequeñita!

—¡Escucha, escúchame, y trata de acordarte! ¿Sabes dónde está Aurora de Nevers?

—¿Aurora de Nevers? ¡Sí..., sí! Era una vieja que se ha desplomado esta mañana con la torre, y se la han comido los lobos.

—¿Te acuerdas de doña Cruz?



—¿María Cruz? ¡Sí..., sí! ¡Huye..., baila...! ¡La veo... allí!

Y señalaba una nubecilla al Oeste.

El caballero preguntábase cómo habría perdido la razón su amiguita, qué drama se había representado aquella noche misma en el castillo bajo cuyos escombros dormía quizás el sueño eterno su adorada Aurora.

—Sin duda, ha sido ésta la única superviviente de la catástrofe, y el dolor y el terror la han trastornado.

Por un momento perdió la calma, y dijo bruscamente á la pobre niña, que se había acurrucado á su lado.

—¿Por qué has venido á sacarme de mi sueño?

—Porque no debes dormir más. Aurora te aguarda.

¡Aurora! ¿Era un vislumbre de razón? Cogió las manos de la gitana, y con acento cariñoso y acariciador le dijo:

—¡Granquilízate, pobre niña! ¡Te prometo no separarme de tu lado! ¡Te llevaré conmigo, y la ciencia te curará! Serás feliz. ¡Pero trata de acordarte; haz un esfuerzo de memoria, y dime si Aurora vive!

Y miró fijamente á la joven como si le ordenara por medio del flúido de su mirada que co-

ordinase sus pensamientos: la gitana parpadeó, y pareció recobrar la inteligencia. Lagardère tuvo un segundo de esperanza, y escuchó con ansiedad.

—¿Vive Aurora?

—¡Vive!

El corazón del caballero palpitó de alegría con gran violencia. Pero inmediatamente la bohemia prosiguió:

—¡Yo soy la que ha muerto ahí, en la escalera! ¡La pólvora! ¡Pum! ¡Yo estaba enterrada viva! ¡Cielos! ¡Mi padre!...

Exhaló un grito desgarrador, y Enrique tuvo que sostenerla para que no cayese al suelo. ¿Qué había de cierto en lo que acababa de oír? Sin querer hacer más preguntas por lo pronto, el caballero comenzó á hablar dulcemente para darle tiempo á que se calmara, y sólo después de algunos minutos, cuando ya la creyó serena, le preguntó á quemarropa:

—¿Y Peyrolles?

—¡Allí!—repuso ella volviéndose para señalar los escombros de la torre. Pero no bien acababa de decirlo cuando vieron salir de entre ellos á un hombre que, montando en el propio caballo de Lagardère, huyó pasando muy cerca de ellos.

El caballero lanzó un rugido y desenvainó.



—¡Peyrolles!

De las oscuras pupilas de Mariquita brotaron sendos rayos.

—¡Peyrolles!— aulló con indescriptible rabia y amenazando con el puño al asesino de su padre.

Pero éste estaba ya lejos, y se burló de ambas amenazas.

También él había sido enterrado vivo; pero había podido escapar sano y salvo.

Cuando la torre sarracena vaciló y se desplomó fué arrojado al suelo violentamente, y permaneció mucho rato sin conocimiento. Al volver en sí vió con placer que no había sufrido el menor deterioro, la más mínima lesión personal.

Sin embargo, no por eso era menos crítica su situación. Sudor helado le bañó las sienes al verse enterrado entre los escombros. Su primer pensamiento fué gritar pidiendo socorro; pero ¿para qué? Aunque le oyeran, ¿podrían salvarle?

Escuchó, y no percibió ruido alguno. Evidentemente, los aldeanos no se preocuparon de socorrer á las víctimas, si las había; sin duda, no se atrevían por la leyenda de hechicerías que pesaba sobre la *Torre Maldita*.

Con excepción de las rarísimas veces que se encontró cara á cara con el caballero de Lagardère, nunca se había visto en situación tan

apurada, tan cerca de la muerte, que le ofrecía este único dilema; el aplastamiento ó el hambre. Tratar de sustraerse á ésta era acaso provocar el otro, pues al moverse y buscar una salida podía hacer que se hundiesen sobre él las vigas que le protegían formando una especie de cueva. Tembló de espanto, y deseó ardientemente que alguien apareciera en su presencia, aunque fuese un enemigo, aun el mismo Lagardère.

Se incorporó con trabajo y tomando grandes precauciones. Un rayo de luz llegaba hasta él, y vió á pocos pasos el cadáver de don Pedro, á quien acababa de asesinar.

—Me dijo que no saldría vivo de la torre— murmuró.—¿Presentiría la catástrofe?

Entonces se acordó de las dos prisioneras, y pensó si se hallarían como él enterradas en vida, ó si habrían huído mientras escuchaba las tremendas acusaciones del noble español.

—Si han muerto, no es culpa mía, sino del Destino, y el Príncipe no podrá hacerme responsable. Si han huído, podré decirle que arriesgué la vida para hacer abortar ese plan infernal combinado hace muchos días, y cuyo buen éxito sólo dependía de mi muerte.

Estos pensamientos le recordaron su situación y suspiró.



—¡Qué necio soy en preocuparme de lo que haya sido de ellas en los momentos en que tengo pendiente la vida de un hilo que amenaza romperse bruscamente!

Permaneció mucho tiempo inmóvil, inconsciente, anonadado, aguardando el cataclismo final, que podían apresurar una ráfaga de viento, ó simplemente el mismo peso de los materiales amontonados sobre su cabeza. Los cascos de un caballo chocando contra las piedras del que había sido patio le sacaron de su ensimismamiento. Miró por una hendrija, y vió que se hallaba ensillado, listo y sin jinete, como si algún demonio familiar se lo enviase para salvarle.

No necesitó más para cobrar un poco de aliento su corazón de liebre. Había que arriesgarse, pues de otro modo la muerte era inevitable. Se deslizó como pudo, con infinitas precauciones, arrastrándose, desgarrándose la ropa, arañándose las manos, oyendo á cada movimiento crujidos amenazadores, temiendo sin cesar un derrumbamiento que le aplastase como á un reptil. Varias veces, aniquilado, trémulo, intentó pedir socorro; pero de su garganta no salía sonido alguno. Por fin pudo llegar hasta el caballo y asirle de la brida.

Entonces palideció. Oyó la voz del caballero de Lagardère, que debía de hallarse á muy corta

distancia. ¿Se habría salvado del aplastamiento y del hambre para caer en manos de su temible enemigo? Su primera idea fué llegarse adonde estaba aquél y matarle por la espalda; pero tuvo miedo de que se volviera por casualidad. Al pensar en esto echó de ver que había perdido su espada. Miró en torno suyo, y vió muy próxima la de don Pedro, de la cual se apoderó. Montó á caballo sin más vacilaciones; el animal relincho. Aterrado, le clavó furiosamente las espuelas, y pasó cerca de Lagardère y Mariquita á rienda suelta, desapareciendo en breve de su vista.

